



S. MEDARDO, O.

dudosa; murmurase descubriendo una falta verdadera, pero secreta; murmurase comunicando á otro lo que á uno se le confió; murmurase haciendo público un hecho que sabian pocos; murmurase diciéndosele en secreto á una sola persona, sin grave necesidad ó motivo que obligue á hacerlo: aun tratándose de cosas públicas se puede pecar refiriéndolas con exageracion, añadiendo ribetes y particularidades que no se sabian, y las hacen mas feas, ú omitiénd de estudio algunas circunstancias que disminuyen su torpeza. Tambien se pueden interpretar mal algunas acciones que son honestas en la apariencia; y entonces, ora sean con fundamento, ora sean sin él, nuestras sospechas, es detraccion el descubrirlas á otro. Hay murmuraciones habladoras, y hay murmuraciones mudas; un gesto, una risita falsa, una media palabra, cierto tonillo de voz, el mismo silencio seco y mudo pueden muy bien ser una sangrienta murmuracion. No suelen ser menos amargas las que se hacen en tono de zumba; hasta el bajo ejercicio de remedar suele ser especie de maledicencia. Propon con la mayor seriedad evitar cuidadosamente todos estos géneros de murmuraciones, y no decir jamás cosa que pueda hacer ridiculo á otro, huyendo de hablar aun de aquellos defectos que son puramente naturales.

## DIA OCTAVO.

## SAN MEDARDO, OBISPO

Fué san Medardo uno de los mas ilustres prelados que florecieron en Francia en el siglo sexto; nació en Salency de Vermandois por los años de 457, siendo su



padre, que se llamaba Nectardo, un caballero francés muy calificado y de los mas distinguidos en la corte, y su madre, por nombre Protagia, descendiente de una de aquellas antiguas familias romanas que se habian connaturalizado en Francia, tan rica, que trajo en dote á su marido la tierra de Salency. Criaron con el mayor desvelo al niño Medardo, hasta que tuvo edad proporcionada para ir á estudiar á Vermand, capital de la provincia.

No podia mejorarse su natural, ni sus inclinaciones podian ser mas piadosas; parecia haber nacido con el amor á la virtud y singularmente con una tierna compasion á los pobres. Encontrando á uno de ellos en la calle, le dió un rico vestido que le acababan de hacer; y preguntado qué habia hecho del vestido, respondió: *Dísele á un pobrecito de Jesucristo, que le necesitaba mas que yo.*

Toda su ansia era dar limosna á los pobres que pasaban por el castillo donde vivian sus padres; y un dia que le pareció no era observado de la familia, repartió entre ellos todo lo que le habian puesto en la mesa para comer. Quejándose su padre de que le faltaba uno de los caballos de la caballeriza, supo, no sin admiracion, que su hijo le habia dado de limosna á un pasajero á quien los ladrones habian robado cerca del castillo y dejádole á pié.

Esta caridad anticipada en un niño de tan pocos años, acompañada de una tiernísima devocion á la reina de los ángeles, á quien amó y respetó siempre como á su dulcísima madre, fué presagio seguro de su futura eminente santidad; y aun se tiene por cierto que desde entonces le favoreció Dios con el don de profecía, pues á otro niño compañero suyo, llamado Eleuterio, le pronosticó que habia de ser obispo, y el suceso lo verificó habiéndolo sido de Tornay. Los escritores de su vida, que casi to-

dos fueron sus contemporáneos, convienen unánimemente en que los años de su infancia fueron acompañados de grandes maravillas; y aun hoy dia se muestra una piedra en que se ve estampada la huella de un pié, que se dice ser del santo niño, el cual la descubrió, y era término de dos posesiones, sobre las cuales habia un ruidoso litigio; con cuyo descubrimiento cesó el pleito y se hicieron las paces entre dos poderosas familias.

Viendo sus padres que cada dia iba creciendo en edad, en juicio y en prudencia, tuvieron gran gusto en que prosiguiese sus estudios en Vermand, cuyo obispo quiso tomar á su cargo el ser su maestro, y el discípulo correspondió tan maravillosamente al cultivo y á las lecciones del zeloso prelado, dando cada dia mayores muestras de su extraordinaria virtud, que llenó de admiracion al maestro mismo. No sabia mas que á su cuarto, á la iglesia y á los hospitales. Derramaba su corazon en el templo al pié de los altares, siendo las lágrimas que corrian por sus ojos indicio de la tierna devocion que inflamaba á su abrasado pecho; sus ayunos eran continuos, sus rigores tan excesivos, que fué menester moderarlos, y en medio de una vida tan penitente todavía se quejaba de la poca penitencia que le dejaban hacer.

No era razon que estuviese escondida debajo del celemin una antorcha tan brillante; y el obispo, que la conocia bien, no quiso que su iglesia careciese de su luz. Admitió á Medardo en el clero, y desde luego fué honra y ornamento del estado. Consagrado ya á Dios, y bien enterado de sus nuevas gravísimas obligaciones, las llenó todas cumplidamente; su frecuente oracion, su devocion, su modestia y sabiduría le granjearon la admiracion del público, y le merecieron el respeto y la veneracion de toda



la clerecia. Por estas consideraciones, por la inocencia de su vida y por la integridad de sus costumbres se movió el obispo á conferirle los órdenes sagrados, y poco despues le ordenó de presbítero; altísimo carácter, que redobló su fervor y añadió muchos reales á su elevada virtud. Encargósele el cuidado de repartir al pueblo el pan de la divina palabra; ministerio que ejerció por espacio de cuarenta años, con tanto zelo, con tanto espíritu y con tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesis. No se vió predicador mas fervoroso, ni director mas prudente; bastaba oírle para convertirse, y bastaba verle en el altar celebrando el santo sacrificio de la misa, para sentirse movido á compuncion.

Murió el obispo de Vermand el año de 530: juntóse el clero y el pueblo para la eleccion; hubo poco en que deliberar, y fué electo Medardo por unánime consentimiento de todos. Usó de mil industrias su humildad para excusarse, pero no le valieron; á pesar de todas ellas fué consagrado, y tardó poco la Francia en conocer que en toda ella no habia obispo mas santo.

Bien pudo la nueva dignidad añadir algun lustre exterior á todas sus virtudes, mas no por eso disminuyó un punto su humildad, ni el austero plan de su penitente vida; antes añadió á las antiguas penitencias las muchas mortificaciones que trae necesariamente consigo el cuidado y la carga pastoral. Estuvo tan lejos de considerar la mitra como un título de honor, y como pretexto de autoridad, de conveniencias y de regalo, que á los 72 años de su edad se le veia con admiracion correr los pueblos, las aldeas, las chozas y las cabañas, enseñando, instruyendo, predicando y confirmando con un zelo infatigable.

Desolado por los Hunos, los Vándalos y los Húngaros todo el país que bañan el Oisa y el Soma, no hallaron otro recurso las ovejas descarriadas que la inmen-

sa caridad de nuestro santo pastor, pero como la ciudad de Vermand se hallaba sin defensa y expuesta á las correrías de los bárbaros, cada día se iba despoblando mas y mas; por lo cual el santo transfirió la silla episcopal á la ciudad de Noyon, que ya desde aquel tiempo era plaza fuerte, y despues se hizo famosa ciudad de Francia, condecorada con el honor de condado.

No obstante de ser tan dilatada la diócesis de Noyon, parece que todavia no era bastante para el inmenso zelo de Medardo; y otros pueblos le envidiaban la dicha de lograr tan fervoroso pastor. Por eso habiendo vacado en este tiempo la silla de Tornay, se empenó el pueblo con porfia y aun con obstinacion, en que habia de ser obispo nuestro santo. Esto, en suma, era aumentar el trabajo sin acrecentar la renta, que era todo lo que Medardo apetecia; pero como los sagrados cánones prohibian tan severamente el tránsito de un obispado á otro, ni quiso, ni pudo el santo pastor condescender con sus instancias. No obstante, el rey Clotario, que á la sazón tenia su corte en Tornay, san Remigio, arzobispo de Reims, y los demás obispos de la provincia hicieron tan fuertes representaciones al papa Hormisdas sobre la necesidad que tenia aquella iglesia de Medardo, por conservarse aun la idolatria en una buena parte de ella, que el pontífice le mandó la gobernase como administrador, pero sin dejar el obispado que tenia, y á Medardo le fué forzoso obedecer.

En breve tiempo ya parecia otra la ciudad de Tornay y toda la diócesis. Padeció mucho el santo prelado por la persecucion de los gentiles, que, no pudiendo sufrir viniese á atacar á la idolatria en su último atrinchamiento, hicieron cuanto pudieron para desembarazarse de él; cargaronle de injurias, arrastráronle impiamente, y llegó á tanto su furor, que en una oca-



sion le llevaban ya maniatado al lugar del sacrificio; pero no les dió licencia Dios para que le quitasen la vida. Lejos de acobardarse, el santo obispo dobló los esfuerzos de su zelo, hasta que con su paciencia, con su constancia y con su mansedumbre logró domesticar aquellos bárbaros, haciéndose dueño de sus corazones y desterrando el paganismo de todos aquellos parajes.

Tantas y tan asombrosas conversiones no podian hacerse sin muchos prodigios; obró tantos y tan grandes, que le hicieron célebre en todo aquel país. Cargado de años y debilitado con tan prolijos como penosos trabajos, consagró á las fatigas de su ministerio las pocas fuerzas que ya le restaban; y sin concederse el mas ligero alivio ni la mas leve dispensacion en las continuas penitencias con que por toda su dilatada vida habia macerado su inocente cuerpo, logró el mérito del martirio en lo mucho que padeció hasta ver disipadas de Francia todas las reliquias de la idolatria. Hallándose en su iglesia de Noyon de vuelta de Tornay, dió el velo de religiosa á la reina santa Fredegunda, y acometido poco despues de una grave enfermedad, fué general la consternacion en todo el país. Vino á visitarle el rey Clotario, que no quiso levantarse de sus piés hasta que le echó su bendicion; y el santo anciano, tan lleno de años como de merecimientos, dió el espíritu á su Criador el dia 8 de junio de 560, teniendo mas de ciento de edad.

Por los muchos milagros que habia hecho en vida y por los que continuó el Señor en hacer por su intercesion despues de muerto, se levantó desde luego con la pública veneracion. Por entonces fué enterrado en su iglesia de Noyon; pero el rey Clotario, que tanto le habia venerado siempre, quiso que el sagrado cuerpo fuese trasladado á Soisons, corte de su reino. Hizose la traslacion con la mayor pompa, solemnidad

y magnificencia; el cuerpo iba en una caja cubierta de ricas telas de plata y oro, cuajadas de pedrería; componíase el acompañamiento del clero de Noyon, del de Soisons, del rey Clotario, de los príncipes sus hijos y de todos los señores de la corte. En una aldea inmediata á Soisons, llamada Croüy, se erigió provisionalmente un pequeño oratorio de rejas ó celosías de madera, donde se depositaron las santas reliquias hasta que se acabase la iglesia que se habia comenzado á fabricar, poniendo el rey Clotario la primera piedra; pero habiendo muerto este príncipe en Compiègne poco tiempo despues, dejó encargada la conclusion del edificio al rey Sigiberto su hijo, que le acabó con magnificencia verdaderamente real.

Ya en tiempo de Fortunato y de san Gregorio, obispo de Tours, que murió el año 565, era tan célebre la fiesta de san Medardo, que de todas las partes de Francia concurrían en tropa los pueblos á venerar su sepulcro. Extendióse esta devocion á Inglaterra, donde no menos que en Francia se erigieron muchas iglesias en honor del santo obispo, durando su devocion hasta la fatal revolucion que causó el lastimoso cisma; y aun en medio de eso se lee el nombre de san Medardo en el calendario de la nueva liturgia anglicana.

No tiene fundamento alguno la opinion popular con que se cree que san Medardo y san Godardo, obispo de Ruan, fueron gemelos, que nacieron en un mismo dia, que en un mismo dia fueron consagrados obispos y que en un mismo dia y año murieron. Ni Fortunato, ni san Gregorio Turonense, contemporáneos de san Medardo, que escribieron su vida, hablan palabra de una circunstancia tan particular, que ni se les podia ocultar, ni es verisímil que la omitiesen. Pudo dar motivo á este pretendido sincronismo la traslacion que se hizo del cuerpo de san Godardo, ó



san Gildar, á la iglesia de San Medardo en Soisons, cuando los bárbaros asolaron la Normandía.

### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Aix en Francia, san Maximino, primer obispo de aquella ciudad, que se dice haber sido discípulo del Señor.

El mismo día, santa Caliope, mártir, que por la fe de Jesucristo tuvo los pezones cortados y las carnes achicharradas, fué arrastrada sobre cascotes de vasija, consumando su martirio con la degollación.

En Soisons de Francia, la fiesta de san Medardo, obispo de Noyon, cuya vida y preciosa muerte fueron ilustrados con gloriosos milagros.

En Ruan, san Godardo, obispo, hermano del mismo san Medardo. Nacidos el mismo día y consagrados obispos en un mismo día, arrancados también de la tierra el mismo día, subieron juntos al cielo.

En Sens, san Heraclio, obispo.

En Mez, san Clavo, obispo.

En la Marca de Ancona, san Severino, obispo de Septémpeda, que lleva hoy su nombre.

En Cerdeña, san Salustiano, confesor

En Camerino, san Victorino, confesor

En Yorck en Inglaterra, san Guillermo, arzobispo y confesor. Entre otros milagros obrados en su sepulcro, se cuenta la resurrección de tres muertos.

En la diócesis de Troyes, santa Sira, de la cual hay una reliquia principal en la iglesia de San Mery de París.

En Ruerga, santa Eustadolia, viuda, primera abadesa de Montermoyen, que está enterrada en el priorato de San Pablo, fundado por ella.

En Vaujour en Auverña, san Mary, solitario, protector de la ciudad de Mauriac.

En el Piamonte, santa Genesa, venerada como virgen y mártir en dicho país.

En Egipto, san Atreo, abad.

En Fano, san Fortuna, obispo.

En Voltaire, san Clemente, presbítero.

*La misa es de la dominica precedente, y la oración del santo es la que sigue:*

Da nobis, quæsumus, Domine, ut beati Medardi confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Concedenos, Señor, que la venerable festividad del bienaventurado Medardo, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la devoción y el deseo de la salvación eterna. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 1 del libro de la Sabiduría.*

Benignus est Spiritus sapientiae, et non liberabit maledicum à labiis suis: quoniam reum illius testis est Deus, et cordis illius scrutator est verus, et linguae ejus auditor. Custodite ergo à murmuratione, quæ nihil prodest, et à detractatione parcite linguae, quoniam sermo obscurus in vacuum non ibit: os autem quod mentitur, occidit animam.

El Espíritu de sabiduría es benigno, y no dejará sin castigo los labios del maldiciente; porque Dios es testigo de sus afectos, y escudriñador verdadero de su corazón, y oidor de sus palabras. Guardaos, pues, de la murmuración, que nada aprovecha; y contened la lengua de la detracción, porque los discursos secretos no quedarán sin castigo, y la boca que profiere mentira da muerte al alma.

### NOTA.

« Con mucha razón llama san Agustín el libro de donde se sacó esta epístola *el libro de la Sabiduría cristiana*; porque no le hay ni de mayor enseñanza,



ni mas moral, ni mas eficaz, ni mas elevado. Verisimilmente le compuso Salomon en los primeros años de su fervor y de su rendimiento á la ley, que fueron los mas inocentes de su vida. »

## REFLEXIONES

Muy delincuentes deben ser los labios del murmurador, cuando el espíritu de la sabiduría, que es toda bondad, no los dejará sin castigo. La lengua murmuradora siempre es argumento de genio maligno, de corazón encanecido; y á manera de lengua viperina, jamás sale de la boca sino para morder, ó para escupir el veneno. Si la envidia es tan comun en el mundo ¿reinará menos en él la murmuración? Todo se quiere saber para tomarse la libertad de decir despues cuanto se sabe; hácese estudio particular de indagar las costumbres de las personas, para tener el gusto de desacreditarlas; ni se perdona á lo sagrado, ni á lo profano, ni á los vicios, ni á las virtudes; no hay defecto en la vida ajena que no se descubra; mancha en las familias que no se propale; las acciones buenas, ó se desprecian, ó no se quieren saber; las malas, ó se inquieren, ó se adivinan. No solo se juzga mal de las acciones, sino tambien de los pensamientos y de las intenciones, cuyo juicio se ha reservado Dios; ni el corazón del hombre, aunque tan invisible y tan impenetrable, está exento de los discursos y de los insultos de los murmuradores. Cada cual tiene su modo de murmurar: uno descarga abiertamente el tiro de la lengua sobre la reputación de su hermano sin suavizar ó de alguna manera encubrir la punta que mortalmente le hiere; otro disimula el golpe con palabras halagüeñas; algunos afectan defender al mismo que pasan de parte á parte; muchos con grande discreción y recato van diciendo

en secreto á todo el mundo las flaquezas imaginarias ó reales de su prójimo; pocos dejan de usar algun artificio cuando murmuran, para manchar y para herir con mayor seguridad, y ocultarse á si mismos, si es posible, el daño que hacen; hasta el pretexto del zelo y de la religion sirve de máscara á la maledicencia, porque es propio de este vicio introducirse insensiblemente hasta en los corazones que parecen mas santos; penetrar en el mismo santuario, é inficionar la lengua del sacerdote, consagrada con la sangre de todo un Dios; en fin, insinuarse hasta en los claustros y en los desiertos; dase el color de zelo, de religion y del bien público á las murmuraciones mas desapiadadas, y falta poco para que no se murmure por devoción: *Idolum zeli ad provocandam emulationem*, dice el Profeta. No hay vicio mas sujeto á la ilusion y al engaño. Dicese que, desacreditando al pecador, se desacredita el pecado; que se reforman las costumbres gritando contra los desórdenes del tiempo y contra los que los causan y toleran; créese que se hace á Dios un gran servicio infamando á toda una comunidad ó á todo un gremio por las faltas de algunos particulares; siéntese no sé qué secreta vanagloria en murmurar, porque censurando á los demás, indirectamente se alaba el murmurador á si mismo. Es la murmuración vicio propio de genios apocados, de entendimientos vulgares, de corazones malignos, de espíritus cobardes y de conciencias callosas ó cauterizadas. Un ánimo noble y elevado aun en las acciones mas ruines halla algo que excusar; un hombre de honor y de crianza nunca levanta su mérito sobre las ruinas de otro. Seguramente no te atreverias á murmurar en presencia del que censuras: prueba clara de la cobardía de este vicio. Ninguno es ocasión de mayores injusticias, y en medio de eso ninguno es mas ordinario ni mas comun. Muchos dejan



de incurrir en el vicio de calumniar; pero del de murmurar muy raro se exime; y dijo bien san Paulino que este era el último lazo del demonio: *Extremum diaboli laqueum. No manches tu lengua con la murmuración*, dice el Espíritu Santo. Por mas pretextos que busques, Dios descubre todos los misterios de las conciencias y penetra el interior de los corazones.

*El evangelio es del cap. 9 de san Mateo.*

In illo tempore: Factum est, discumbente eo in domo, ecce multi publicani et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu, et discipulis ejus. Et videntes pharisæi, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medico, sed male habentibus. Eunt autem discite quid est, misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

En aquel tiempo: Sucedió que, estando á la mesa (Jesus), he aquí que vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron á la mesa con él, y con sus discípulos, y habiéndolo visto los fariseos, decían á sus discípulos: ¿Porqué vuestro Maestro come con los publicanos y con los pecadores? Pero Jesus habiéndolo oído, dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos: id, pues, y aprended qué quiere decir: Yo amo mas la misericordia que el sacrificio; porque no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

### MEDITACION.

DEL ZELO DE LA SALVACION DE LAS ALMAS.

#### PUNTO PRIMERO

Considera que el verdadero zelo es un ardiente deseo de dilatar la gloria de Dios y de oponerse á todo cuanto la pueda disminuir; es un santo deseo de ex-

tender el reino de Jesucristo, haciéndole triunfar de sus enemigos en todo el mundo; es una viva ansia de verle adorado y amado de todos, con un sensible dolor de que los hombres le honren y le amen tan poco; en fin, es un afecto de cristiana compasion, que, moviéndonos á llorar la desgracia de las almas que se pierden, nos excita á trabajar y á procurar su salvacion. Es el zelo el primer fruto de la caridad; inspírale el amor de Dios, porque el que ama desea el bien del amado; amor frio ó insensible es una quimera. Quien ama á otro siente vivamente, se interesa mucho en todo lo que le gusta ó le desagrada. No se puede amar á Dios sin desear su mayor gloria; no se puede desear esta, sin tener muy en el corazon la salvacion de las almas.

Es el zelo la muestra mas clara y la medida mas justa de nuestro amor. No hubo santo que no tuviese un ardiente zelo de su propia perfeccion y de la salvacion del prójimo; sus penitencias, su observancia y su fervor eran fruto de su zelo; y la ardiente caridad con sus hermanos era efecto necesario de su amor de Dios.

¿Ansiamos nosotros mucho por nuestra propia perfeccion? ¿Tenemos grande zelo de nuestra salvacion y de la de nuestros hermanos? ¿Qué deberemos pensar de nuestra indiferencia y de nuestra frialdad? La falta de zelo es pronóstico fatal. ¿Amase á Dios cuando se hace tan poco por su gloria? El zelo de la propia salvacion es el que pobló los desiertos, y el que está poblando cada dia los claustros religiosos; y el zelo de la salvacion de los prójimos es el que hace exponerse á tantos trabajos á tantos siervos de Dios. Consideremos aquellos hombres llenos de una fogosa caridad, que, dejando las delicias de su patria, atraviesan las tierras y los mares; y atropellando mil peligros, caminan á los últimos ángulos del mundo para tra-



bajar en la conversion de las almas y para dilatar el imperio de Jesucristo. En todas las partes del orbe descubierto se ven hombres apostólicos, que, destituidos de todo humano consuelo, se aplican infatigablemente á servir á ingratos, á instruir bárbaros, á convencer obstinados, sin otro fin que traer aquellos pueblos al conocimiento del verdadero Dios; expuestos siempre á los desprecios y al odio de aquellos mismos á quienes solicitan salvar; frecuentemente expuestos á su furor y á su injusticia. No buscan otro interés en este mundo de todos sus trabajos. Afli-gense á la vista del enorme crimen que cometen los idólatras que les quitan la vida; pero se tienen por dichosos en ofrecer su sangre por los mismos que se la hacen derramar y por la gloria de aquel Señor que derramó toda la suya por ellos. Esto es lo que produce la caridad; ¿pero son estos los frutos de la nuestra? Ninguno deja de tener su particular mision; todos á poca costa pueden excitar su zelo. El maestro, el padre de familias, el superior deben tener muy en el corazon la salvacion de sus súbditos, porque han de responder de ella. Este será un bello objeto de nuestra caridad y de nuestro zelo. Aun aquellos que no tienen á su cargo la salvacion de otros, deben tener zelo por el prójimo, ejercitándole con sus buenos ejemplos. ¡Dios mío, qué mayor prueba de nuestro poco amor que la tibieza de nuestro zelo!

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que la caridad está llena de bondad, que es toda dulce, y consiguientemente el verdadero zelo nunca puede ser amargo. En todo ha de ser nuestro modelo Jesucristo; ninguno le acusará de espíritu anchuroso ó relajado. Con sus lecciones, con su conducta, con sus ejemplos, con todo nos está predi-

cando un grande horror al pecado; pero al mismo tiempo nos predica tambien una suma bondad de padre con todos los pecadores: *No sabeis*, decia á los discipulos que querian bajase fuego del cielo para consumir á los samaritanos, *de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no vino á quitar la vida á algunos, sino á darla á todos*. Aquel zelo ardiente y duro que asuela, tala y quema todo lo que coge delante, prueba las muchas máscaras con que se disfraza la ilusion. Llamase zelo lo que muchas veces es cólera encendida, sangre requemada, genio podrido, espíritu satirico, mal humor, que se quiere desahogar á costa de los demás; gritase, vocéase, repréndese mucho y enmiéndose poco.

Esas correcciones demasiadamente duras y excesivamente agrias muestran bien la pasion que las produce; no es el zelo su verdadero padre, sino el furor, el encono y la venganza; por eso no hacen fruto. No tengan la correccion y el zelo otro principio que la caridad; no tengan otro objeto que la gloria de Dios y la salvacion de las almas, y siempre será el zelo paciente, benigno, bondadoso, compasivo y suave, pero eficaz; en mezclándose algo de hiel, siempre hay amargura, siempre malignidad; el zelo del hombre humilde siempre será apacible. Aborrécese el pecado, y se trabaja eficazmente en destruirle; pero ámase al pecador, y solo se piensa en salvarle. Todo zelo á quien falten estas calidades, es falso; si corriges como padre á tus hijos, á los criados y á los súbditos, nunca los reprenderás con demasiada severidad, ni con tantos gritos.

¡Buen Dios, puede haber mayor ilusion que gritar eternamente contra la licencia y contra el desorden de los otros, sin trabajar nunca eficazmente en reformarse á si mismo! Si tenemos verdadero zelo, ¿qué razon habrá para que su objeto sea siempre foras-



tero? Bastante tenemos que hacer en desmontar nuestra propia heredad, sin matarnos tanto por los espinos y por los matorrales que brotan en la ajena. ¿Es posible que nunca nos hemos de aplicar a descubrir el verdadero origen de este zelo duro y amargo, que solo se sustenta de quejas, de murmuraciones y de interpretaciones malignas, y solo se explica en hiel, en sátiras y en censuras? No hay cosa mas contraria al espíritu de Jesucristo que esa inquieta severidad; guardémosla toda para nosotros mismos. No siempre son los mas severos consigo aquellos que predicán a los otros el mayor rigor. Examinemos bien la indulgencia con que nos tratamos, a vista de la dureza y de la rigidez de nuestro zelo respecto de los demás.

¡O Dios mio, y cuánto es mi dolor por el poco zelo que he tenido hasta aqui de la salvacion del prójimo y aun de la mia propia! Dadme, Señor, vuestro amor, y seguramente tendré zelo; trabajaré en vuestra mayor gloria, siempre que con la asistencia de vuestra divina gracia trabajaré en mi propia perfeccion; y esto es lo que con ella resuelvo hacer desde este mismo instante.

#### JACULATORIAS.

*Ure renes meos et cor meum, Domine. Salm. 25.*

Abrasad, Señor, mi corazon y mis entrañas en el zelo de mi salvacion y de vuestra gloria.

*Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Salm. 118.*

Desmayó de dolor mi corazon, ó Dios y Señor mio, viendo el desprecio que hacen los pecadores de tu santa ley.

#### PROPOSITOS.

1. Es error imaginar que solo deben tener zelo los

misioneros y los predicadores; ninguno hay que dentro de su estado no deba hacer mision; ninguno que no sea responsable de su propia salvacion y en cierta manera de la de sus hermanos. Tu propia salvacion es tu gran negocio; todos están encargados de él; pero todos deben edificar al prójimo con los buenos ejemplos. Esta especie de zelo es comun a todos los estados, a todas las condiciones de los hombres; pero ¿estás en empleo, tienes súbditos, tienes criados y familia? Pocos misioneros de profesion tendrán que dar a Dios cuenta tan extraña de sus hermanos, como tú de tus dependientes: guárdate bien de olvidar esta obligacion, ni descuidar en ella por habérsela encargado a otros. Vela continuamente sobre la vida y proceder de aquellos que puso Dios a tu cuidado. Hijos, criados, súbditos son, por decirlo así, unos como depósitos, de que has de dar cuenta a su soberano dueño; fuera del ejemplo, les debes la educacion, la enseñanza, los consejos; procura que frecuenten cada mes los sacramentos; que oigan misa cada dia; que se rece el rosario de comunidad en la familia, siendo tú el primero que asistas a él; que en tu presencia se lea a todos un rato competente en algun buen libro espiritual; vela sobre las costumbres de hijos y de criados; en punto de ellas y en punto de religion, nada les disimules; nunca tolere que alguno de tu casa dé mal ejemplo; advierte, amonesta, corrige con zelo, pero con suavidad; no hay cosa mas eficaz que una correccion privada, un aviso particular al hijo, al criado, al súbdito que tropezó; gánale el corazon este zelo del amo, del padre y del prudente superior.

2. Evita siempre cuidadosamente todo zelo áspero amargo y desabrido. Esas vivacidades, ese desentono de voz siempre se reputa por cólera, y toda cólera en un superior disuena y le desautoriza; modera, reprime la



indignacion á vista de la falta; el zelo suave y compasivo, pero activo y eficaz, siempre saca fruto; hay zelos enfadosos, que, en vez de curar las llagas, las enconan mas; los hay ruidosos y vocingleros, que aturden, mas no corrigen; los hay duros, que, como no los mueve la caridad, todo lo echan á perder; los hay impacientes, que solo sirven para enajenar los ánimos y desviar el corazon. Corrige todos estos defectos: ten mucho zelo por la salvacion de las almas, pero ten por modelo y por regla del tuyo el zelo de Jesucristo; sea tu zelo dulce, humilde, paciente, compasivo, industrioso y tranquilo. Gobiérnese puramente por la caridad cristiana, y seguramente tendrá todas estas cualidades.

## DIA NUEVE.

### SAN PRIMO Y FELICIANO, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Primo y su hermano san Feliciano fueron romanos, de una familia muy visible entre la plebe por sus grandes bienes y riquezas. Nacieron y fueron criados en las supersticiones de la idolatria; pero abriéndoles los ojos la gracia de Dios, conocieron su falsedad y detestaron sus extravagancias. Tuvieron la dicha de convertirse por el zelo del papa san Félix primero; y fortaleciéndose su fe durante el tiempo de muchas persecuciones, se ocultaron á la crueldad de algunos emperadores gentiles, por socorrer con sus crecidas limosnas á gran número de cristianos.

No es facil decir el zelo y la intrepidez con que alenaban á los santos confesores y mártires, acompañándolos hasta los mismos cadalsos. Todos sus bienes

eran de los pobres; pasaban los dias y las noches con los gloriosos confesores de Cristo en los calabozos; animaban á unos, fortalecian en la fe á otros y hacian mucho bien á todos. Parecia que el furor de los gentiles respetaba á aquellos dos héroes cristianos; pues en medio de una declaracion tan pública y tan ruidosa de su fe, durante el fuego de la mas cruel persecucion, les dejaban entera libertad para asistir y para consolar á los fieles en la capital del paganismo y á vista de los mas mortales enemigos del nombre cristiano.

Pero al fin quiso el Señor premiar tan heroica caridad con el triunfo de su fe, y coronar sus trabajos con la gloria del martirio. Hacia el año de 286 asoció Diocleciano en el imperio á Maximiano Hercúleo, y se comenzó á declarar la guerra contra todos los cristianos. Resolvióse exterminarlos y se llenaron de sangre y de carniceria todas las provincias del imperio. Hallábanse en Roma los dos emperadores, y fué aquella capital el teatro mayor del heroismo de los mártires. Habia mas de treinta años que los dos santos hermanos desafiaban, por decirlo así, la barbaridad de los tiranos, y hacian que triunfase la caridad cristiana en la plaza mas fuerte de la idolatria, cuando los sacerdotes de los idolos, rabiosos de ver que cada dia se iba disminuyendo su crédito por los progresos que hacia en la ciudad la fe de Jesucristo, y teniendo noticia de las maravillas que obraba el zelo de nuestros santos despues de tantos años, publicaron en todas partes que, irritados los dioses, no querian dar oráculos hasta que los cristianos Primo y Feliciano fuesen castigados, ó se les obligase á ofrecerles sacrificios.

Llegaron presto á oidos de los emperadores estas amenazas ó denunciaciones de los dioses, y sublevaron toda la ciudad y toda la corte contra los dos hermanos. Prendieronlos, y cargados de cadenas fueron